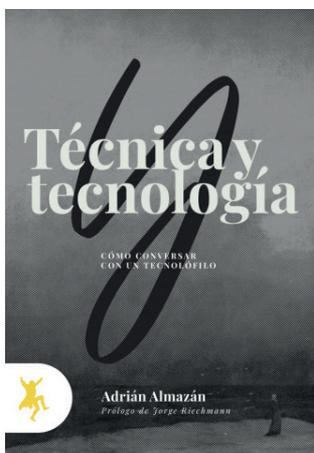


Técnica y tecnología

Cómo conversar con un tecnólogo

ADRIÁN ALMAZÁN GÓMEZ

Madrid, Taugenit, 2021



El origen de este libro se encuentra en la elaboración, presentación y defensa del autor de su tesis doctoral en la Universidad Autónoma de Madrid, en el año 2018, intitulada *Técnica y autonomía. Una reflexión filosófica sobre la no neutralidad de la técnica desde la obra de Cornelius Castoriadis*. Se puede decir sin exagerar que es una astilla procedente de ese palo, y que, si este era muy bueno, aquella, que además nos ofrece nuevas aportaciones, no desmerece en absoluto, sino que incluso mejora en ciertos aspectos, el trabajo del que surge.

Los argumentos que aquí se exponen toman la forma retórica de una respuesta razonada a cuatro *topoi* de los incondicionales defensores de las tecnologías, de los “tecnófilos”, quienes las elevan a los altares como valores absolutos, como un destino o providencia inscrita en la naturaleza humana que sellan de forma definitiva su inevitabilidad histórica. Cada *topoi* da el título a cada uno de los cuatro capítulos que componen esta obra (“Siempre ha habido tecnología y siempre la habrá porque es lo que nos hace humanos”; “No se puede luchar contra

el progreso”; “Las tecnologías no son buenas ni malas. Lo que importa es cómo las utilicemos”, y “Sólo la tecnología puede sacarnos del lío en el que la tecnología nos ha metido”), a los que hay que añadir un “Prólogo”, escrito por Jorge Riechmann, y un “Epílogo”, por Andoni Alonso Puelles. El contenido de estos cuatro capítulos nos muestra una posición crítica y desmitificadora de aquellos lugares comunes imperantes en el “imaginario” (Castoriadis) de nuestras sociedades. Es conveniente, casi imprescindible, me atrevería a añadir, emplear la palabra “desmitificadora” para situar adecuadamente el tipo de crítica que el autor despliega en estas páginas, pues pertenece al antiguo, y no por ello menos discutido desde hace ya algunas décadas, linaje de la “crítica de las ideologías”, vinculado de múltiples, complejas, diferentes e incluso contradictorias formas a la denominada “tradición marxista”. Iluminar las tecnologías imperantes en nuestro mundo con un foco que las considera no como la panacea de las crisis que lo azotan, sino como una de sus principales causas, es un gesto crítico de desenmascaramiento que persigue sacar a la luz mucho de lo que la religión tecnocientífica, la verdadera fe hegemónica en nuestro tiempo, oculta y justifica, como por ejemplo los daños sociales y ecológicos que producen por su diseño y por su vínculo fraterno con el capitalismo industrial desde sus inicios hasta las formas renovadas que presenta en nuestra época. Tomar conciencia de la tecnología como problema, un necesario punto de partida para posibles soluciones, requiere de ese previo ejercicio crítico y desvelador del mito tecnológico que se presenta vestido con el ropaje de la razón, la ciencia y la verdad.

La matriz ideológica dominante en nuestras sociedades “avanzadas” o, como se decía hace poco tiempo y todavía se dice, “desarrolladas”, puede determinarse, siguiendo la exposición del autor, el profesor doctor Adrián Almazán Gómez, mediante estas tres proposiciones: (1) la tecnología es un rasgo esencial y diferencial del ser humano; (2) la tecnología es neutral e inevitable para el progreso o el desarrollo de la sociedad si se usa de forma adecuada; y (3) sólo la tecnología puede solucionar los problemas que genera la tecnología. ¿Qué decir ante estas tres afirmaciones que se nos presentan en tantísimas ocasiones como incuestionables? ¿Cómo atrevernos a poner en duda que somos una especie “tecnológica”, que la tecnología no es ni buena ni mala, sino que depende de cómo se use, y que sólo la tecnología puede salvarnos de su mal uso o de las consecuencias indeseables de la aplicación de ciertas tecnologías? Más aún: ¿no es en cierto sentido disparatado no reconocer que la tecnología es un factor indispensable en el desarrollo de nuestra civilización? Siguiendo al autor, se pueden decir —escribir en este caso— varias cosas al respecto, ninguna, por cierto, disparatada, aunque tampoco incontrovertible.

Primero. La condición tecnológica de nuestra especie no es una propiedad esencial en el sentido de que nos distingue de otras especies animales y nos confiere

una superioridad y un derecho a la dominación de todos los seres vivos (esta idea se denomina “exencionalismo” en la sociología medioambiental). La diferencia conceptual que el autor introduce entre técnica y tecnología es determinante para entender que el *homo sapiens sapiens* tiene capacidades técnicas como asimismo las tienen otras especies —especialmente los grandes simios, aunque también otros mamíferos y aves—, que no es una excepción y que sólo se puede establecer una diferencia de grado en términos de disposiciones y habilidades técnicas. Otra cosa es la tecnología, entendida como la forma que la técnica humana toma en una determinada época histórica y primordialmente en un ámbito geográfico denominado “Occidente”, que es un fenómeno histórico, pero no un rasgo de la naturaleza humana. Cierto es que no hay animales “tecnológicos”, como también lo es que las tecnologías son constructos socio-históricos y no propiedades naturales del ser humano. Y si a esta concepción se añade la idea, propia de la modernidad occidental, de que la condición humana se define fundamentalmente como *homo faber* y *homo oeconomicus*, tenemos el entramado ideológico del “productivismo” que tanto domina nuestras conciencias. El bienestar entendido como riqueza y consumo es el fin de la vida humana; la tecnología es el medio para conseguirlo, y el trabajo orientado a la productividad es el mayor bien social, pues pone en contacto a uno y a la otra: eso es lo que somos y lo que *debemos* ser para esta idea del ser humano.

Segundo. La idea de la neutralidad de la tecnología se encuentra ligada desde sus orígenes modernos con la del progreso, primero, y después, ante la dificultad de mantener esa idea ante los desastres del siglo XX, con el término, aparentemente menos fuerte que el de “progreso” desde un punto de vista axiológico, pero no menos ideológico, de “desarrollo”. El índice fundamental de la clasificación de los países en subdesarrollados, en vías de desarrollo y desarrollados es el grado de desarrollo tecnológico y el PIB. Todo lo demás, que tiene que ver con la dimensión social, política y cultural de las sociedades parece que viene de suyo si nos atenemos al criterio tecnológico-económico. Sin embargo, las tecnologías no pueden ser neutrales porque son sociales, porque forman parte de una totalidad social que establece tanto su condición de posibilidad como su sentido. En estos contextos histórico-sociales las tecnologías, como forma que asume la técnica en la época moderna, se presentan con el ropaje de la neutralidad y de la causa fundamental del progreso, del desarrollo social y de la consecución del bienestar. Lo que este entramado ideológico oculta es lo que el autor nos muestra con una evidente actitud de denuncia: por un lado, lo que Günter Anders anunciaba como la “obsolescencia” del ser humano, es decir, la expropiación de la autonomía de nuestras vidas en términos morales, políticos y socio-económicos, que pasa inevitablemente por la conversión de la tecnología en “sujeto”, en “sustrato”, respecto al cual todos nosotros no somos

más que predicados; por otro, algo que ahora ya no podemos seguir ignorando, a saber, la fractura metabólica de una producción basada en una extracción de recursos naturales que conducen a su inevitable agotamiento, además de un sinnúmero de daños en la biosfera, y el riego cada vez más probable de un colapso eco-social.

Tercero. Decir que sólo la tecnología puede solucionar los problemas que genera presupone necesariamente esa neutralidad que con acierto se pone en cuestión en este libro. Si las tecnologías producen daño social es porque o bien se usan mal o por consecuencias no previstas que el avance tecnológico solucionará. Argumentos análogos en otras esferas: si el mercado genera daños en el tejido social, no es por su mecánica probada a la hora de una distribución racional de los recursos, sino por las distorsiones que en su dinámica producen las “externalidades”; o: no peca la Iglesia como institución, de quien depende la salvación de nuestras almas, sino sus servidores, demasiado humanos. Tecnología, Mercado e Iglesia comparten su carácter sagrado. Vale decir: ideológico en la medida en que oculta y justifica mecanismos de dominación en nuestras sociedades. ¿Qué solución podemos encontrar aquí?

El problema de la tecnología es la tecnología como problema, razón por la cual no puede ser resuelto en el ámbito de la tecnología, sino que hay que remitirlo a una esfera distinta, denominada por el autor “poliética”. Hacer lo posible para tomar conciencia de esta necesidad es el gran mérito de este libro y por ello su autor merece la calificación de “filósofo”, es decir, aquel que afronta y piensa las cuestiones decisivas de su tiempo, con mayor o menor fortuna. Aunque no pretende ofrecernos soluciones a la enorme crisis en la que, a su juicio, estamos inmersos, que implicarían, ni más ni menos, transformar la hegemonía de las tecnologías y proponer con qué las sustituiríamos, incluso todavía algo de mayor envergadura, una suerte de “mutación antropológica”, sin embargo, las apunta en el último apartado del capítulo IV, con el significativo título “Y entonces, ¿qué?” (cf. pp. 142-151). *Cum grano salis*, las considera este lector, lo que no supone mitigar ni un ápice la urgencia de aquella interrogación y la reflexión que la debe acompañar.

JOSÉ EMILIO ESTEBAN ENGUITA.